







MAS LARGO ES EL TIEMPO
QUE LA FORTUNA

POR

FERNAN CABALLERO



—•••—
JOSÉ VAZQUEZ-YLLA
SABATER
YALLADOLLO

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodriguez

Plazuela de Carvajal, número 5

—
1901

MAS LARGO ES EL TIEMPO
QUE LA FORTUNA

FERNAN CABALLERO



IMPRESA DE CALISTO, a cargo de L. RODRIGUEZ
Calle de la Cruz, número 3

1891



MAS LARGO ES EL TIEMPO

QUE LA FORTUNA

Preséntase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ansia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detenga al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quieres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro, no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado.

(Sentencia de Confucio, traducida libremente de una versión alemana).

El ladrón que no se deja coger, pasa por hombre honrado.

(Refrán turco).

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de

Céres. Rodéanle como un soberbio cinturón sus famosas viñas, cuidadas como princesas, y sus campos de trigo, cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas. Extiende sus inmensos Propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasión del coloso rural, y pierde la cuenta de sus montes, como un potentado (1).

Jerez, noble como el que más, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, y que ha sido testigo de tantas hazañas; conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España; ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fe, obras maestras del arte, y ven con dolor á su lado desmoronarse su magnífica Cartuja, admiración de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver.

Aunque con razón se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla, las cuales por desgra-

(1) Tiene Jerez *sesenta y dos leguas y media* cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Seranía de Ronda.—(N. del E).

gracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península, no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía, puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caserios de la mayor parte de las viñas se ven en el radio que alcanza la vista quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son éstos Jerez, Algar, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

Las gentes de Jerez—y no decimos los jerezanos porque la mayor parte de los cuantiosos

(1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número de *El Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composición ligera, pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que es competente en la materia, los siguientes trozos que extractamos á continuación, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos menos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginación, pues les añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable,

caudales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos,— las gentes de Jerez no son amigas de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que debería ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas. Fuera de las inmensas bodegas, verdaderos palacios de las feísimas botas de vino; fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con más suntuosidad que

instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro país y de su historia, y, si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice, hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron más de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martirologio* hasta la moderna *Guta de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres donde á cada paso no se encuentre el nombre de algún hijo de esta ciudad. Desde San Eustaquio y Esteban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garci-Gómez Carrillo

gusto; fuera de su gran Plaza de Toros, no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debían ser alamedas y jardines, son los de un villorrio.

Carece de un buen lucido paso, de un buen teatro, de Bolsa y de otras cosas anejas á la acumulación de gentes, de caudales y de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez, indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimien-

hasta D. Tomás de Morla y D. Rafael de Aristegui, actual conde de Mirasol; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giroldino; desde el presidente de Castilla, Mirabal, hasta el fiscal del Consejo, Fernández de Gatica; lo mismo en las artes que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.»

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase cuenta tantos y tan buenos establecimiento, de instrucción pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulo, modelos entre las de su clase; un colegio, un instituto y multitud de establecimientos privados para la educación de las clases acomodadas.»

to; y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana.

En cuanto hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos merezca más sincera admiración y más justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas caridades pública y privadas que se hacen, de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos, de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital, aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno:

«¿Pues acaso no vale más esto que todos los decantados embellecimientos materiales, de que tanto se envanece el siglo?»

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal, porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entonces víctimas los graves jerezanos que se

emancipaban, de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podría formar un volumen.

Los jerezanos, por toda respuesta, hermo-seaban cada vez más su plaza. Ultimamente, y por remate, la pintaron con los colores más provocativos: pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entonces modestamente vestida de blanca cal, como la norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Séparse quién es Calleja*. Los *coquineros* (1), que son, como otros muchos, muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es, ni propios ni más baldíos que la mar, quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulia plaza* (2).

(1) *Coquineros* se llama á los naturales del Puerto de Santa María, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinos*.—(N. del E.)

(2) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR. LOS SEÑORES DUQUES DE MONTPENSIER.

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella, hace años, al lado de una vereda un sombrero, á cuyo amparo se había establecido un hombre que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, había labrado cuatro paredes y cubiértolas con enea: había compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se había llevado allí á su mujer y dos hijos.

Detrás de la casa había levantado un vallado, que formaba un corral cuadrado, en que de noche recogía unas cabras que de día llevaba á pastar á la sierra su hijo menor, y había hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se había coronado á la primavera siguiente de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada por su dueño, se había hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventaro una bonita cosecha de aceitunas, que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de más despacho de su establecimiento.

Muchos caballeros de Jerez, que solían ir

á cazar, descansaban en la ventilla del tío Basilio, haciendo un consumo, cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra relación, la mujer del ventero había muerto, y su hijo mayor, de quien se había hecho cargo su padrino y tío, que era un religioso de Santo Domingo, había estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como capellán de un regimiento á Lima. Así era que el tío Basilio vivía solo y aislado, sin más compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su madre se había acabado de entumecer, porque así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por más tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endebles necesitan por más tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales: la Virgen y la madre; así es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de Diciembre. Estaban sentados ante la puerta del

ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el tío Basilio que era ya un viejo débil y encogido, y su compadre el tío Bernardo, que era un anciano aún verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito un muchacho de mediana estatura que vestía el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja* (1), polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte interior tienen faltriqueras, en que se guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresión vulgar, *pintadita*, tenía algo de duro, y su mirada, poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenía nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo (*una perdiz*) en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y solo interrumpido por el sonoro sople de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles plantas del monte bajo de la dehe-

(1) *Raja*, paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del campo.

sa, se arrullaba á sí mismo en suave centinela.

Sólo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del v. ntucho, sentían su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y solían arrastrar, haciendo dar traspíes á sus dueñas. El gallo de cuándo en cuándo alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hacia atrás, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de *lo comfortable*, había sabiamente escogido para acurrucarse en un ángulo de la casa bañado del sol y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados disimuladas miradas á unos gorriones que, como los pobres de la mesa del rico, venían á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma: el magnífico cielo parecía elevarla, y toda la naturaleza infundía tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazón: «¡Dios mío! ¡Qué buena es la vida cuando á Tí se somete como á su principio y como á su fin!»

—Vaya, compadre,—decía su compañero al ventero,—no se queje usted, que parece usted pobre de sopa. Siempre está usted con

turbieses (1). Míreme usted á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostar, me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: «Aquí están las trampas». Me quito la chaqueta, la pongo á otro lado y digo: «Aquí están las penas». Me *presino*, y duermo como un patriarca; pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y usted, al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado? ¡Por *vía* de Barrabás!

—¡Y qué quiere usted! ¡Si este dolor de la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empanada! Casa vieja toda es goteras. ¡Y si no fuera más que eso!

—¿Pues qué más le aqueja, compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo, y le llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe usted que hay quinta, que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

—¡Cómo ha de ser! ¡Ese hueso le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la cascaca (2), cuando salió soldado mi Manuel, y tuve

(1) *Turbieses*, como si dijera turbieceres ó turbideceres (*de turbio*), tristezas.

(2) Cumplir el servicio.

paciencia. Déjelo usted ir, compadre; así se espabilará, que metido como lo tiene usted con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fui soldado, y digo á usted que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fui asistente, y tuve un amo que no sé lo que era más, si valiente ó si bueno. Le quería... que ni que hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿ve usted esta cicatriz en la frente? Con ésta me señaló un francés en la batalla de Medellín, por ponerme por delante de mi teniente, á quien iba á matar. El matado fué el. Pero me dejó este rasguño por memoria. Su hijo de usted necesita espabilarse, compadre, que está *cuajado*, y no sirve para maldita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su hermano el mayor; pero tiene sangre de horchata, compadre. Tiene el sentir mejor que el *pronunciado*.

—¡Ya! Entonces es como los borricos, que todo se les queda por dentro. Pues si no le quiere usted dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca usted? De donde los tenga metidos, compadre. Pues usted sus cuartos ha de tener; que bien les rinden sus cabras, y el despacho bien le da. Mas que lo niegue usted, que es más estéril que un arenal, y no *gasta* más que pachorra ni *da* más que los buenos días. Así es que cuando se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: *¡jambre!* *¡jambre!* sigue el gallo cantando: *siempre la la hay aquí*, y maulla el gato: *moriré estenuado*, miau, miau.

—Usted tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—¡Sólo me voy á quedar como un pitaco!

—Y hará usted malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase al pueblo.

—No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido, estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna; aquí me he de estar hasta que deje ésta por la otra.

El joven que hasta entonces había estado escuchando la conversación de los dos compa-

dres, se levantó despacio, desmerezándose y diciendo ¡upa!

—Hijo—le dijo el tío Bernardo, el compadre del ventero,

El que al sentarse dice ¡ay!

y al levantarse dice ¡upa!...

no es ese el yerno

que mi madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas,—contestó el muchacho.

—¡Valiente puñado son tres moscas!—repuso el tío Bernardo.—Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿A qué te metes á tirador? ¿Por qué te metes á aprender *laitines*? ¡Por *via* de Barrabás! Para echarla de usía; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mío, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tío Bernardo,—dijo el muchacho, echando al viejo una mirada rencorosa,—tiene usted la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas.

Diciendo esto, se alejó.

—¡Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gri-

tó el tío Bernardo—que el mucho humo te ahoga! Y no me la vengas echando de pechi-sacado ni con amenazas, que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo; pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fe ni ley. Lo que me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que había sido nombrado Juan Luis Navajas no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

—¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado usted al barberillo! ¡No parece sino que se la tenía usted guardada!—dijo el ventero.

—Y *asina* es, compadre—repuso el tío Bernardo;—porque ha de saber usted que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melón de plaza, y él lo sabe, desde cierto lance.

—¿Y á qué se mete usted con este hampón mal encarado? Mire usted que le puede salir caro; y ande usted con el ojo sobre el hombro.

Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre, yo no le temo. Verdad es que tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mío.

El lance á que aludía el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche había acertado á pasar por un sitio retirado en que se había Juan Luís escondido y en acecho de una venganza.

El tío Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen anciano la recogió, á pesar de haber querido impedirselo el barberillo.—Oye, Juan Luis—le dijo,—no quiero perderte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entonces, lo que debió ser agradecimiento se había tornado en el aprendiz de barbero en un profundo odio.

Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tedio y encono contra la de la virtud, por ser la más incontestable.

Juan Luís se internó en la sierra, en donde á poco se encontró con José Camas y sus ca-

bras. Fuése á él, como tenía de costumbre, para pedirle leche, y mientras José, que se entretenía mucho en su soledad con las cosas que solía contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar á una de sus cabras, le dijo:

—¿Con que entras en suerte, José?

El más vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—¡Mira, tú, mi padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¡Pues qué! ¿Tiene dinero tu padre?—preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! Más de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el padre de mi madre tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—Pero ¿dónde lo tiene guardado?—tornó á preguntar el cazador.

—Mi padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy *cuaco*—respondió José echándose á reir;—pero lo sé, ¡y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió

y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así, sólo un zahorí da con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de suela; y zapatos han de romper antes que den conmigo.

—No hagas tal, José,—le dijo su interlocutor.—¿Dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y enseguida te cargan con el fusil. Mira, yo también entro en suerte, y si salgo soldado, iré con los otros: lo demás no es sino tirar coces contra el agujijón. Más adelante, y cuando se presente ocasión oportuna, desertaremos con más seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás con tigo si huyes?—le preguntó.

—Sí,—respondió el aprendiz de barbero,—siempre que me prometas callar como un poste. ¿Lo harás?

—¡Por el alma de mi madre!—contestó el cabrero.

Algún tiempo después de las escenas referidas, había tenido lugar la quinta; y tanto

al barbero como al hijo del ventero les había tocado la suerte de soldados y habían sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Después de algunos meses de servicio en el regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo el bien combinado plan de desertión que había urdido, y que sólo el día antes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la dirección del camino real hacia Jerez, internándose, antes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban estenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que éste conocía para pedirles pan, lo que hizo ciegamente. En seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiera seguridad de que nadie transitase por la vereda, debería ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situación, exigirle algún socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaría trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valía más que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer ímpetu de cólera de su padre, á quien él se suponía capaz de

convencer de la obligación y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo.

Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luís su marcha; pero volviéndose atrás, pidió á José su navaja, por si le acometía el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atárselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora, volvió Juan Luís. Si el pobre cabrero no hubiera sido simple, habría notado alteración en la voz de Juan Luís cuando éste le aseguró que había hallado á su padre inflexible; que sólo había podido arrancarle su traje de pastor; que se le traía para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por más seguridad, era necesario escaparse; y que él se iba hacia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abría el día tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugía; las yeguas venidas para la trilla unían el sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campestres, y el labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la

siega, que, no obstante, ama instintivamente, pues es la recolección del gran dón de Dios ¡el trigo! el trigo, que tanto venera el pobre, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle.

Caminaba el tío Bernardo como siempre, con firme paso y ligero corazón, hacia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar, extrañó ver la puerta abierta.

—¡Vaya—pensó—que ha madrugado el compadre! Me alegro. Por lo visto, no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza; pero á nadie vió.

—¡Compadre!—gritó en recia voz.

Y nadie contestó. Sólo el perro del ventero aulló lúgubrementemente.

El tío Bernardo pertenecía á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasibilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad, que reciben las impresiones claras y definidas por la razón, y no por confusa aglomeración de sensaciones, las que anticipan los hechos y los abultan. Y, no obstante, la soledad, el aire de abandono,

el hosco silencio, sólo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecía helar aquella casa, le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo.

—¡Jesús María!—exclamó con hondo acento al ver caída en el suelo una ensangrentada navaja.

Arrojóse hacia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apenas la hubo abierto, dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal colchón tirado en el suelo, cubria un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacía en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con más desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo.

Las tablas y los bancos de la cama habían sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veía una palanqueta, con la que se había abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí, un hueco obscuro y vacío; y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tío Bernardo de una sola mirada.

—¡Robado!—murmuró.—¡Su oro le perdió!

Acercándose enseguida al colchón, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacía boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se había desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre.

Agotada la sangre que por ella se había vertido, veíanse los bordes de la herida gruesos y blancos, desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima, la que con los ojos de par en par, y desatentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacía, ofreciendo el más espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

—¡Muerto!—murmuró el tío Bernardo.—
¡Dios le haya perdonado!—añadió dejando caer el colchón sobre el horroroso espectáculo que horas después había de hacer desmayarse á un joven escribiente que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tío Bernardo salió, ató una cuerda al perro, que se llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaración de testigos, resultó averiguarse:

Que el ventero debía tener una buena cantidad de dinero; lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto; afirmando el muchacho á cuantos hablaba que á su padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero;

Que el escondite donde guardaba ese dinero, era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared, y que nadie podía tener noticias de este lugar secreto sino su hijo;

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometería el asesinato, pertenecía á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en días de marchar.

Que, según una requisitoria enviada de Sevilla, había desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen.

Que la tarde antes, al ponerse el sol, había vagado el desertor por las cercanías, según deponían unos pastores, á los que había pedi-

do pan y agua, por no haber probado bocado en todo el día.

Que buscando la partida al delincuente, habían hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentado á una mujer que lavaba la ropa al padre y al hijo, había reconocido como perteneciente á José.

Que, fuera del dinero, lo único que había faltado de casa del ventero, habían sido la zamarra y calzones de piel de cabra que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.

Por consiguiente, alcanzó el juzgado la convicción de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del más espantoso atentado, la que fué abandonada, después de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso después de haber servido. El techo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible simoun hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime busca por simpatía los lugares que

asombran, entrábase á aullar en la vacía estancia, y algún portazo que daba con violencia hacía estremecer-e al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías!

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algún tiempo después de la perpetración del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de Levante de la sierra de Ronda, no lejos de Coin, un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado.

Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, había desertado por que no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, en cuanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con las que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vegetando tranquilamente con los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por este mismo tiempo salía de Gibraltar

un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre cubierta un joven con elegante vestido de viaje, con un casaquín de Mabón, pantalón igual, y un sombrero de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendían por la espalda. Este joven de aire petulante é insolente, era llamado don Víctor Guerra, y según se susurraba, aunque no se sabía por él, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente; por lo cual los demás pasajeros le atacaban incluso el capitán, bien ajenos de que aquel por la insolencia con que se daba tono sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladrón y un infame asesino! Porque este pasajero arrogante era Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos, fabricados por un judío en Gibraltar, y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna, siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambición y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia: sólo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer

á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivía: sus recursos disminuían, y el porvenir no le brindaba esperanzas.

Así es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentía que no habría en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviere pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin marrar ni deslizarse para llegar á sus fines. Ardía entonces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Carlos III levantó el indio Tupac-Amaro el estandarte de la rebelión contra la Metrópoli, el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del general D. José Lavalle, primer CONDE DE PREMIO REAL; y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominación española en aquella parte de América.

Presentóse el talso D. Víctor con su habitual osadía al general, que se apresuró á admitir entre sus filas al gallardo joven; el que, á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarria, su actividad é inteligencia. Había sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distinción, que había en Lima con una mujer rica, y tenía una hermosa familia, compuesta de una niña y dos niños. Eran éstos instruidos por el capellán del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del sacerdote y al carácter más suave y apacible, unía las más excelentes cualidades del hombre, y un saber poco común.

Hacia algún tiempo que D. Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre Capellán, había caído en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido.

Una tras otra, y con corto intervalo, había

recibido el capellán las infaustas nuevas de la deserción del servicio del Rey de un hermano suyo, la del asesinato de su padre, y la de la muerte del rector de Santo Domingo, su tío y padrino, que le había educado, y al que todo lo debía. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el Padre capellán había querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y de su mujer y el entrañable cariño que tenía á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia con descaro, y la justicia se da por vencida, porque su REINO NO ES DE ESTE MUNDO. Así se verificó en la relación que vamos á hacer. No era sólo el valor que le proporcionaba á D. Víctor Guerra cada día nuevos lauros, puesto que en el regimiento había otros muchos tan valientes como él; sino era también la fortuna, que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros. Ella era la que ponía su dinero al naípe que había de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenía; ella la que le empujaba con su gran ariete la audacia, en fin, era

la locomotora, que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva—pocas lo son—que el éxito es el que da valer á las personas y mérito á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados sin serlo! ¡Cuántos por entendidos sin tener nada de ello, porque á la Fortuna le plugo burlarse de la Justicia, según llevamos observado! ¡Y qué bien dijo un Perogrullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En la opinión de los hombres influye el éxito tan poderosamente, que el que logra, es encomiado, admirado y celebrado necia y estúpidamente; así como el que no logra, es puesto á un lado y despreciado, mientras se ríe la Fortuna de este ridículo género humano y llora la Justicia su impotencia sobre la necia muchedumbre.

Varios años pasaron, en los que el fingido D. Víctor, de cadete, llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Parecía al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen? ¿Hacíase ilusión de que la nueva posición que se había labrado cubría con su esplendor el negro y ensangrentado

hoyo, en que robó su fortuna? ¿Creía acaso que con haber mudado de nombre se había regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometi6, era extinguido su delito? ¿Tenía conciencia? ¿Tenía remordimientos? ¿Tenía siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese?—No podríamos decirlo; porque éstos son arcanos de la maldad, que sólo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando éste falta—por la seguridad de la ocultación de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor, nacida de la ausencia de la fé y religión, en cuanto á la justicia divina—la conciencia decae, se duerme, se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. Uno de estos momentos es el de... la muerte! Y este momento parecía haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traído á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Después de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al capellán, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquél en presentarse, y los amigos y demás oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al sacerdote y al moribundo.

Media hora después salió el capellán. Su rostro estaba espantosamente demudado, su palidez era lívida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor que hacía entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua, que se apresuraron á ofrecerle.

—No es nada, no es nada: un bahido,—respondía el Padre á las preguntas que le hacían. Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y antes de venir me sentía indispuerto. No es nada, señores: esto pasará al aire libre. Acudid al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué había puesto á este sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acaba de absolver en nom-

bre de Dios, cuyo ministerio ejercía, al arrepentido asesino de su padre!

El Padre Capellán había salido, y se había dirigido con pasos trémulos á la iglesia: allí había caído postrado, en cuya postura permaneció horas. Y cuando salió del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos y su boca benévola.

Habían vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el sacerdote al hombre. La calma había vuelto á su ánimo; mas el físico se resintió. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo heróico le había rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios: verdad que vemos confirmada todos los días; pero que, á pesar de eso, es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que había puesto á D. Vic-

tor Guerra á los bordes del sepulcro, había sido el golpe con que Dios había despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contrición, después de purificada por la expiación, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habría perseverado en la buena senda de la penitencia.

¡Pero no fué así! Apenas convalecía, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña vino á lisonjear su orgullo, y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre insaciable ambición.

Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: ¡todo se andará, si la soga no se quiebra! Había yo recogido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta. Un día que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta y se puso á aullar lastimosamente. Por más que le llamaba, no quería seguirme ni desviarse de la puerta. «Preciso será—dije para mí—abrirle, para que se desengañe que su amo no está allí». Abrile la puerta, que por aquel entonces aún estaba

en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, parándose de cuándo en cuándo para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que, llegando á un rincón, en el que solía dormir sobre un montón de paja, sacó de entre ésta un girón de tela que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él y le quité aquel girón, que al examinarlo hallé ser la tira de un pantalón, que desde luego discurrí habría arrancado aquel valiente animal al asesino al verle acometer á su amo. Conociase que el perro había saltado á la cintura del dueño de aquel pantalón, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que, tirado con violencia, se había rajado hasta abajo; en un lado había una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

—¡Una carta!— exclamó agitado el capellán.

—Sí, señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenía el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande (1).

(1) En el territorio de la Audiencia de Mallorca se descubrió hace pocos años un horrendo asesinato, mucho tiempo después de cometido, y sin que se le

—¡Tío Bernardo!—exclamó el capellán, levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza.—¡Teníais en vuestras manos su salvación, y habéis dejado morir á un inocente!

—Aguarde su mercé, señor, que no he acabado—repuso el tío Bernardo con calor;—oid hasta el fin, y juzgar después. Al pronto—continuó el anciano—no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no había podido ser hallado; y otro tanto sucedía al reo. Pensé que si ese malvado llagaba á saber que era acusado, sería capaz de matar á José para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así, discurrí que era más precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte, imposibilitado de

hubiese hallado rastro, por haberse encontrado en la casa en que se ejecutó el taco de la escopeta con que había sido perpetrado, y que era una carta de seguridad ó documento de la policía, del cual se había quemado la mayor parte, pero quedando intecto el nombre del dueño, que era cabalmente el asesino, y confesó su crimen en cuanto de él se le hizo cargo con aquel mudo testimonio.

¡Así burla la justicia de Dios, cuando quiere, las astucias de los hombres!—(N. del E.)

cometer una nueva maldad. Tenía encargado á un escribano, prometiéndole un buen estipendio, que me avisase cuando viese en los papeles la prisión del uno ó del otro, á pesar de que siempre estuve en el entender de que aquí serían traídos para seguirles la causa. Mas ambos parecían haber caído en un pozo, porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos. Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fui encargado á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un día que me había internado en el monte tras una liebre me hallé con un cabrero, en el que con sorpresa reconocí á José.

—¡Muchacho!—le grité,—¿tú por aquí?

—Sí, señor, tío Bernardo—me contestó sin alterarse.—Pero no se lo diga usted á nadie, no sea que me quieran volver á llevar al regimiento á ponerme casaca y corbatín.

—¿Y te desertaste solo?—le pregunté.

—No, señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi madre.

—Bien está, no te lo pregunto—le repuse;

—pero dí, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?

—Nos vinimos á la sierra Algar—contestó:—al anochecer, mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocía, porque estábamos desfallecidos.

—Ya—dije,—ya estoy. ¿Y qué hicieron ustedes después?

—Aguardamos la noche—me contestó José;—y entonces fué mi compañero á ver á mi padre, por si nos quería socorrer.

—¿Y por qué no fuiste tú?—le pregunté.

—Porque mi compañero dijo que mi padre se pondría fuera de tino si me veía desertado.

—¿Y no te pidió nada tu compañero?

—¿Qué me había de pedir? Pero... ¡sí! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió ni yo le pedí, porque cuando vino estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venía persiguiendo. Me trajo el pobrecito, —¡Dios se lo pague!—mi ropa de pastor, que le pidió á mi padre, diciéndome que me la pusiera y me metiese por los breñales de la sierra; que él iba á tirar hacia la raya de Portugal. Y aquí estoy.

—¿Y no te dió parte de lo que le dió tu padre?—le pregunté.

—¡Qué había de dar mi padre! ¡Dar! ¡Ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo antes que fuese á pedírselo.

—Es que tu padre no tendría dinero, hombre—le dije.

—Sí, señor. ¡Vaya si tenía! Y más de cien onzas de oro también. Que yo las *cuqué* (las atibé).

—¿Y le dijiste esto á tu compañero?

—Sí, señor; pero á la par le dije que antes se le arrancaba á mi padre el corazón que sus onzas, y así sucedió.

—Oye, José: ¿y no te dijo tu compañero que tu padre había muerto?

—¡Maria Santísima, señor! Pues qué, ¿se ha muerto su mercé?

Mis temores tenía yo de que aquel condenado hubiese podido pervertir á José, porque al fin dice el retrán que la sangre se hereda y el vicio se pega; pero hizo el cuitado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aún me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

—Sí, hombre,—le dije;—¡murió!

Entonces José se puso á llorar á sollozos; le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que vería de lograr su indulto. Pero que si entretanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió: después de lo cual nos despedimos. Apenas había andado unos pasos, cuando me volvió á llamar.

—Tío Bernardo,—me dijo,—en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenía mi padre emparedadas sus onzas; sáquelas usted, y mándele decir misas al pobrecito de mi alma.

—Bien está—contesté, compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba.

Vuestro padre fué el muerto—prosiguió el tío Bernardo, presentando á D. Gaspar la tira del pantalón que contenía la carta:—aquí tenéis la condenación de su verdugo.

El Padre capellán alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvedla de nuevo en los papeles en que la guardábais—le dijo.

Y mientras el tío Bernardo cumplía con despacio el encargo, el Padre capellán se paseaba en un violento estado de agitación por la estancia.

—Ya está—dijo al fin el anciano, alargando un bien envuelto bulto al capellán.

Mas éste, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada resignada, le dijo:

—Los muertos sólo necesitan sufragios. Guardad vuestra prueba condenatoria; yo la rehuso.

—Señor—exclamó el anciano,—¿no deseáis que se castigue á un criminal?

—No, porque... ¡esto nada remedia!

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿No queréis reivindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿Para qué?—repuso con abatimiento el Capellán.

—Para borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se extingue en mí.

—¿Y vos queréis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tío Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las Misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿Y la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tío Bernardo.

—¡Pues qué! ¿Perdonaríais...

—Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor—dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tío Bernardo,—¡eso es ser santo!

—No; es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir. Y no creáis que sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña, pues un poeta indio ha dicho: «La virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere».

—El padre de su mercé decía que José tenía cangre de horchata; y quíereme parecer que ésta es la de toda la familia, Padre capellán. Si yo supiera dónde había de dar con el reo, le había de dar su merecido. Y más le digo á

su mercé, y es: que creería cumplir con mi deber de hombre honrado arrancando la máscara á un bribón.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tío Bernardo,—contestó el capellán.

—Pero difícil será que déis con él; que desaparecido hace diez años, estará expatriado ó muerto. Rogad más bien por su alma si es muerto, ó por su conversión si es vivo.

—Señor, dice el refrán que «á carrera larga nadie escapa». Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que «con viento se limpia el trigo, y los malos con castigo».

—Si con buscarle y acusarle cumplís con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplís con una virtud de cristiano, tío Bernardo.

—¡Por vida de sanes!—exclamó el anciano.—Eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdón, tío Bernardo.

—Pues señor—repuso el veterano con energía,—yo no estoy, como su mercé, con un pié en el cielo; y le aseguro que si doy con ese bri-

bonazo, por la leche que mamé que ha de pagar sus delitos. ¿Y creéis, Padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno. Pero, ¿á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halléis al que creéis reo?

—¿No hallé á José?—repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, tío Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen Providencias, Sr. D. Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo paado.

—Señor, dice el refran que M Á S L A R G O E S E L T I E M P O Q U E L A F O R T U N A. Se hallará. Y ya que vos no queréis hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo..... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto, voy á llevar mi deposición al juez,—dijo el anciano, alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el general y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa en una de las calles principales de Madrid.

El general parecía abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

—En ninguna época, como en la nuestra— decía su hermano al general,—se han visto hombres colocarse en primer término y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes con el *qué se me da á mí* de una sociedad que vive al día, sin cuidarse más que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con el pasado, este desdén por la cuna, este olvido indiferente hacia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oír á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto,

aquella veneración que les es debida sólo por serlo.

—Hermano—contestó el futuro suegro del coronel,—es tendencia general de los ancianos la de enaltecer el tiempo pasado deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos cuando se trata de las malas tendencias que dominan. Y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas, son y serán imperfectas, por más que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es y será siempre!

Juan Luis veía—con tanta más rabia y asombro cuánto que no lo aguardaba—desmembrarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer, levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira, al empuje de un cadáver

que se alzaba, y de la verdad que se hacía luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos.

Aún reflexionó algunos instantes aquel criminal, hecho tan insolente por su fortuna; se vistió enseguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió.

A los dos días se embarcaba en Sebastián para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del general. Este, cuyo carácter era más delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergozado cómo coronel del regimiento en que había servido aquel infame, horrorizado y humillado como padre del que había admitido por yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehensión y condenación del criminal.

Cuando el tío Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le había sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

—Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas—dijo.—Pero.... ¿á donde irá que á los ojos de Dios se enconda? Y Dios consiente;

pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El tío Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados Unidos la relación del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crímenes.

En la pasada noche ha tenido lugar en*** Street el más horroroso suceso.

No há mucho que llegó aquí un español que se apellidaba D. Claudio Jaén.

Su carácter altanero, su humor irascible y su aire provocativo le habían hecho odioso en los alojamientos en que había vivido.

Pasaba sus noches en las casas de juego, en las que ganaba con tan loca fortuna, que se susurraba entre los demás jugadores que no jugaba limpio.

Entre éstos, el más encarnizado contra él era un limeño de pocos buenos antecedentes, que aseguraba además haber conocido al referido sujeto en Lima, en donde llevaba el nombre de Víctor Guerra.

Supo todo esto al entrar anoche en la casa de juego el llamado D. Claudio Jaén, y se

puso en un estado de furia difícil de describir.

Al ver entrar poco después al limeño, se arrojó sobre él con furia, clavándole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á su antagonista tan pronto que no hubiese éste sacado una pistola, que descargó á quemarropa sobre su agresor, exclamando:

—Señores, ya véis que castigo á un asesino.

La muerte de D. Claudio Jaén fué instantánea; el limeño vivió algunas horas, y esta tarde ha dejado de existir».

También pudo verse algún tiempo después en los periódicos españoles una carta de un misionero, en que daba cuenta del martirio sufrido por otro, llamado el Padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tío Bernardo por el general.

—Vaya—dijo,—cada cual ha muerto como ha vivido; el uno, como un santo mártir; el otro, como un ladrón y asesino. ¡Dios premie al uno y perdone al otro!

—Vaya, Bernardo, esa es una buena palabra, que me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has odiado y tanto has perseguido—le dijo el general.

—¡El camposanto es un sagrado, señor!
¡Delante de una sepultura no debe el cristia-
no tener más que oraciones!—repuso el tío
Bernardo:

FIN

